

NUEVA LECTURA DE LA CARTA DE JAMAICA

DISCURSO DE INCORPORACION COMO INDIVIDUO DE NUMERO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA DE DON ELIAS PINO ITURRIETA

Investigar sobre la Independencia de Venezuela no se reduce a la simple operación de reconstruir el pasado. Meterse en esa historia previamente clasificada, totalmente codificada según el rumbo de las simpatías que muestran los herederos de la epopeya, es inmiscuirse en un pleito que todavía protagoniza la sociedad. Es llegar a una población formada por semidioses cuyo prestigio debemos salvaguardar a toda costa. Hoy nadie concibe a los héroes poniendo zancadillas, ni hablando como cualquier sujeto sin utilizar el tono de las proclamas. O sólo le atribuye tal posibilidad a los villanos, que lo son de acuerdo con una interpretación arbitraria que se hizo en lo posterior y sobre la cual nos peleamos hoy en las aulas de clase, en las reuniones de los partidos políticos, en las sobremesas familiares y en las tertulias de los botiquines. Como si no hubiesen pasado para siempre desde hace casi dos siglos los fenómenos que nos dividen.

Pero, como la independencia no se redujo a nuestros confines, sino que determinó el rumbo de las independencias en Colombia, en el Ecuador, en el Perú, en Bolivia y en Panamá, el pleito adquiere insospechables dimensiones. Varias sociedades pretenden establecer quienes son los ángeles y quienes son los demonios del proceso, de acuerdo con el origen nacional del observador. Ni siquiera los historiadores más comprometidos con su oficio han realizado un movimiento cabal frente a las versiones maniqueas, tan fuerte ha sido hasta nuestros días el torrente de encomios y denuestos arrojados sobre los hechos de la insurgencia. Estamos así, no sólo ante una animadversión anacrónica en sentido nacional, sino ante una increíble pendencia de repúblicas.

Mas también estamos ante la obligación de replantear un asunto historiográfico que, si toma el rumbo del equilibrio y encuentra canales de difusión, debe hacer un servicio que no se limite al gabinete de los especialistas. En la medida en que registre con mirada apacible el camino de los próceres, quizá los hombres del presente valoren con propiedad la faena que realizaron y se olviden de disputar por ellos. Entonces quizá no haya más titanes y felones, más querubines y súcubos, sino personajes esforzados que leyeron el libro de su tiempo desde la ineludible limitación de la condición humana.

En la médula del problema está Simón Bolívar, no en balde es la figura fundamental del esfuerzo que logra la mutilación del imperio español. Mientras muchos de sus contemporáneos han recibido los rayos de la censura, él habita un tabernáculo que lo

coloca en posición especial, apenas susceptible de reproches. Autores destacados, como Mario Briceño Iragorry, Germán Carrera Damas, Manuel Caballero, Graciela Soriano de García Pelayo y Luis Castro Leiva, han llamado la atención sobre el asunto.⁽¹⁾ Ahora sólo se pretende ensayar una posibilidad de interpretación sobre uno de sus documentos esenciales, la *Carta de Jamaica*, con el propósito de insinuar un camino en cuyo final se pueda reconstruir de manera más veraz su trayectoria.

La *Contestación de un Americano Meridional a un caballero de esta Isla*, fechada en 6 de septiembre de 1815 y conocida como *Carta de Jamaica*, es una de las producciones más trajinadas de El Libertador. Existe una lectura inamovible y generalmente aceptada de su contenido. Sin embargo, los resultados de una revisión desprevenida pueden ser sorprendentes. La simple aplicación de la crítica documental que aprendemos en los primeros cursos de la Escuela de Historia, conduce a la necesidad de llegar a conclusiones diversas. Si así puede suceder con uno de los papeles más sometidos a revisión por la sabiduría de un país, por el análisis de todo un continente a lo largo de casi dos siglos, ¿qué hallazgos extraordinarios no esperan de una nueva investigación del resto de sus obras y de los testimonios de la independencia? Tal es la orientación del tema que me atrevo a ofrecer, debido a la benevolencia de la Academia Nacional de la Historia.

Pero, antes de ofrecerlo, debo manifestar cumplida gratitud a los académicos que, pese a mis limitaciones, me han escogido como uno de sus pares. La historia ha sido mi vocación desde la infancia, cuando repetía de memoria al Hermano Nectario en las aulas del Colegio Monseñor Jáuregui de Boconó. La historia ha sido mi refugio, desde cuando un horrible profesor del mismo plantel proclamó mi incapacidad para las ciencias físicas y naturales. La historia ha sido mi descubrimiento vital, desde cuando supe cómo era en la Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela; y desde cuando me enseñaron en El Colegio de México cómo podía ser. Sin embargo, mis logros no son distintos a los de muchos venezolanos que escogieron el mismo oficio en los años sesentas, cobijados en las escuelas universitarias. Cualquiera de ellos podía estar hoy en mi lugar. Como uno de ellos recibo el honor que en mí discierne la generosidad de los académicos. Como uno de ellos, comprometo mi lealtad y mis servicios a la corporación.

Lo que he podido hacer en el oficio se debe a muchas personas. Ahora debería recordarlas a todas, pero apenas voy a mencionar a los maestros que más influyeron en mi formación, a los que más adeudo en las cosas de la profesión y de la vida. Los profesores de la Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela se ocuparon de ayudarme con desinterés, pero dos de ellos marcaron con sus enseñanzas mis asuntos: Eduardo Arcila Farías, por desdicha desaparecido, e Ildelfonso Leal. Don Eduardo fue el primer gran historiador de carne y hueso con el que tuve relación y el primero que prestó atención a mis posibilidades. Como su alumno, como uno de sus preparadores en el Instituto de Estudios Hispanoamericanos y como lector de sus obras maestras, viví el privilegio de tener a mano la sabiduría del renovador de los estudios historiográficos en

(1) Ver: Mario Briceño Iragorry, "Discurso de Incorporación a la Academia Nacional de la Historia". En: Germán Carrera Damas, *Historia de la historiografía venezolana, materiales para su estudio*, Caracas, Ediciones de la Biblioteca Central de la UCV, 1961; Manuel Caballero, *Ni Dios ni Federación*, Caracas, Editorial Planeta, 1996; Graciela Soriano de García Pelayo, *Venezuela, 1810-1830: Aspectos desatendidos de dos décadas*, Caracas, Cuadernos Lagovén, Serie Cuatro Repúblicas, 1988; Luis Castro Leiva, *De la patria boba a la teología bolivariana*, Caracas, Monte Avila Editores, 1991.

Venezuela. No tienen ustedes idea de cuánto debo a su biblioteca personal, a su lengua de trapo, a su pluma sobria y a la aspereza de sus regaños. De veras me siento orgulloso de evocar su memoria cuando llego a la Academia. Como siento particular regocijo al referirme al más calificado de sus discípulos, Ildefonso Leal, quien no sólo me enseñó Historia de América desde una impecable cátedra, sino el afecto por un continente que necesitaba sentimientos, aparte de lecciones. Como usted está aquí bien sentado en uno de los sillones de la Academia, profesor Leal, quiero decirle que para mí fueron determinantes sus clases y el método que proponía para la investigación de la historia cultural; pero mucho más su modestia, su solidaridad, su amor por el *alma mater* y sus proceder de hombre decente.

En el doctorado que realicé en El Colegio de México tuve la fortuna de trabajar con dos hombres excepcionales, a quienes quiero recordar con afecto y con respeto: José Gaos y Leopoldo Zea. El maestro Gaos me recibió en su Seminario de Historia del Pensamiento en los países de Lengua Española y después dirigió mi tesis doctoral. Si he hecho algo de valor en el campo de la historia de las ideas y sobre historia de las mentalidades, fue porque él me enseñó a hacerlo. Si de veras me hice un profesional maduro, fue porque me concedió una hora de su tiempo todos los martes durante tres años, en su inolvidable cubículo de la calle de Guanajuato 125. Si conocí a Leopoldo Zea, fue porque él en buena hora me puso en sus manos. Don Leopoldo no sólo me dio brillantes cursos sobre filosofía latinoamericana. Me franqueó la puerta de su tertulia, tuvo la bondad de escribir el prólogo de mi primer libro. Hoy me sigue invitando a colaborar en sus luchas para la integración latinoamericana. No tengo cómo pagarle lo que ha hecho por mí. Al recordarlo hoy junto con el desaparecido maestro Gaos, apenas cancelo un minúsculo abono de la cuenta pendiente.

Todos ellos me hicieron historiador y, por lo tanto, ofrecieron a los académicos la alternativa de llamarme para ocupar el Sillón N de la corporación. Acudo sin vacilación a la cita porque los maestros me seguirán iluminando con sus luces; y porque estoy seguro de que harán lo propio los colegas que me han llamado. Las voy a necesitar, no en balde debo proseguir la faena que realizó para la institución y para la historiografía el honorable José Antonio de Armas Chitty. Armas Chitty resume un impresionante caso de vocación por las letras y por la investigación histórica, que se impone a pesar de su ausencia de vínculos con las escuelas establecidas. Apenas se sentó en los pupitres de la instrucción primaria, pero superó la falta de educación formal gracias a una curiosidad inagotable, gracias al ejercicio temprano de la escritura y a un deseo incontenible de decir su verdad sobre la tierra que amó hasta el final de sus días. Al principio sirvió en Santa María de Ipire ejerciendo cargos administrativos, pero cuando pudo los dejó para acceder a las contadas plazas de servicio cultural que existían en la Venezuela del perezjimenismo. No era, sin embargo, hombre de escritorio, como no fue muchacho de pupitre. Desde 1949 realizó exploraciones y viajes destinados a la preparación de uno de sus primeros libros, *Zaraza biografía de un pueblo*, que lo hizo merecedor del Premio Municipal de Prosa. Junto con el maestro Miguel Acosta Saignes hizo rastreos en el Bajo Apure, que le sirvieron para la redacción de *Origen y formación de algunos pueblos de Venezuela*. En 1950, fue miembro de uno de los primeros equipos que se ocupó de examinar con orientación científica los restos de Nueva Cádiz. En 1956 peregrinó con Maturín y Caripe, por San Antonio y San Félix, por Caicara y por Aragua de Maturín, con el propósito de recoger papeles y hablar con personas susceptibles de aportar información para un nuevo

volumen, *Historia de la tierra de Monagas*. Pero no se detuvo en el camino. En breve se mudó para Tucupido y regresó con un formidable aporte en el equipaje, un libro que mucho le enorgulleció, *Tucupido. Formación de un pueblo del llano*, por cuya redacción obtuvo el Premio Nacional de Literatura. Todavía no empezaban los especialistas a hablar de historia regional, ni del método de la microhistoria, cuando ya estaba el incansable Armas Chitty escribiéndolas. La historiografía de carácter panorámico también le debe contribuciones dignas de atención, entre las cuales conviene mencionar: *Fermín Toro y su época*, publicada en 1966; *Juan Francisco de León. Diario de una insurgencia*, publicada en 1971; *El Mocho Hernández: papeles de su archivo*, antología publicada en 1978; y *Vida del General Carlos Soublette*, que circuló en 1991.

De este boceto se colige la magnitud de la obra de mi predecesor. También se colige la dificultad que tendré en proseguirla como Numerario de nuestra Academia. Ojalá lo que vengo a proponer de seguidas sobre la independencia de Venezuela y sobre la *Carta de Jamaica*, sea buen pie para seguirle el paso.

La independencia y nosotros

Que la independencia pese en el ánimo de las generaciones posteriores no debe sorprendernos. La liquidación del imperio hispánico y la fundación de un mapa estable de repúblicas en la primera mitad del siglo XIX, cuando aún la topografía política de occidente debe esperar para asentarse, es un hecho trascendental. La aparición de unos interlocutores flamantes y de mercados libres del control metropolitano, mueve a otros usos en las relaciones internacionales. Los arquitectos del proceso, al principio desconocidos más allá de las fronteras lugareñas, se transforman en celebridades que han hecho morder el polvo a una de las potencias más influyentes de la tierra; o ascienden al poder en medio de grandes expectativas.⁽²⁾

Las repúblicas nacientes, convertidas en desiertos por la inclemencia de la guerra, deben acudir al pasado próximo para sacar de sus hechos y de sus personajes la fuerza necesaria en la inauguración del camino. No pueden mirar más atrás, porque lucharon contra los antecedentes remotos. En la epopeya que acaba de terminar encuentra abono un sentimiento susceptible de unificar a la sociedad, mientras se pasa de la pesadilla de los combates a la pesadilla de un contorno agobiado por las urgencias. La apología de esos paladines y de sus hazañas, debe ayudar en el tránsito de una senda tortuosa. Un pueblo que al lograr su emancipación descubre que tiene un trabajo pendiente, pero que apenas posee las herramientas para realizarlo, siente que el tiempo transcurrido fue mejor. Un pueblo que deja de pelear contra el imperio para sacarse las tripas en casa, le hace un pedestal a quienes, según estima, cumplieron a cabalidad su cometido.

Hay suficientes elementos, pues, para encontrar apoyos al culto de los héroes que comienza a florecer. Tienen sentido los mitos de un país heroico y la liturgia cívica que nacen después de la insurgencia. Pero con el correr del tiempo el santoral se convierte en

(2) Para una interpretación moderna y solvente de la independencia, ver Caracciolo Parra Pérez, *Mariño y la independencia de Venezuela*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1955; Francois-Xavier Guerra, *Modernidad e Independencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992; David Bushnell y Macaulay, *El nacimiento de los países latinoamericanos*, Madrid, Editorial Nerea, 1989; John Lynch, *Las revoluciones hispanoamericanas*, Madrid, Alianza Editorial, 1976.

un embarazo. En el caso de Venezuela, llega al extremo de nublar en forma patológica la mirada del presente. Mario Briceño Iragorry lo advirtió a tiempo. En la lección inaugural del Instituto de Cultura Popular, dictada en 1942, al referirse a la particular afición de sus contemporáneos por los hechos del pasado, dijo lo siguiente: “Los pueblos no pueden [...] vivir su hora presente a cuenta de su pasado, por más glorioso y fecundo que sea éste. Sería tanto como pedir a los muertos que nos sirvan el alimento”.⁽³⁾ El maestro pone el dedo en la llaga, cuando agrega: “Somos de la tierra que dio a Bolívar, es título que muchos creen suficiente para presentarse a la consideración del mundo. Más o menos lo mismo de quienes se creen mejores que otros diz que por descender de un Conde o de un Marqués, sin pensar que bien pueden ser ellos unos degenerados sifilíticos o unos pobres diablos víctimas del alcoholismo”.⁽⁴⁾

De lo enfático de la comparación se colige el grado de alarma que le provoca la actitud de sus coetáneos frente a la independencia: una actitud de contemplación estéril, cuyo resultado es impedir que el pasado cumpla su usual rol de motivación. Pero, ¿qué hubiera escrito Briceño Iragorry de los episodios que hemos presenciado en las últimas décadas como consecuencia de tal lectura de la historia y de Bolívar! De la admiración inerte se ha pasado a una conducta más enferma, sin consideración de distancias cronológicas y lógicas. Para que se capte la estatura del problema, conviene describir algunos de tales episodios. Así, por ejemplo, el ocurrido en septiembre de 1992, cuando se intentó asesinar a un diputado sospechoso de corrupción. Los delincuentes pretendieron cometer la fechoría basándose en un Decreto de El Libertador. El decreto tiene fecha 12 de enero de 1824, se dio en situación de emergencia y ordenaba el patíbulo para los peculadores, aun cuando hubiesen cometido falta leve contra los dineros públicos. Ni siquiera se aplicó en su momento, pero los delincuentes lo querían ejecutar ciento setenta y dos años después. Imagínense lo que hubiese pasado si, en lugar del mencionado documento, se hubiera antojado de aplicar la Proclama publicada en el Cuartel de Trujillo, el 5 de junio de 1813, mediante la cual el joven brigadier ordenó la Guerra a Muerte.⁽⁵⁾

Hace poco, el 29 de agosto de 1996, un empresario solicitó al Presidente Caldera, a través de documento público, que no permitiera la venta del Banco de Venezuela a inversionistas de Colombia y Perú. De seguidas se copian las razones fundamentales del petionario: “Cómo podríamos aceptar como venezolanos esta situación, cuando no podemos olvidar que nuestro Libertador Simón Bolívar, que nació por cierto a escasos metros de la actual sede del banco, murió abandonado en Colombia y nuestro gran Mariscal de Ayacucho murió vilmente asesinado en Berruecos, Perú”.⁽⁶⁾ Si es lícito argumentar hoy de tal guisa sobre un negocio con los colombianos y los peruanos, sin que nadie se ponga el Cristo en la boca, piensen en lo que se pudiera esgrimir en relación con inversionistas españoles.

Estos hechos que niegan la historicidad de los fenómenos humanos, encuentran origen inmediato en la intentona de golpe de estado ocurrida en febrero de 1992. Su

(3) “La historia como elemento de creación”. En: Germán Carrera Damas, *op. cit.*, p. 73.

(4) *Idem.*

(5) Sobre el atentado contra Antonio Ríos circuló abundante información en la prensa de septiembre y octubre de 1992. Abordé el tema en *El Nacional*, 4 de octubre de 1992, en un artículo titulado “Simón José Antonio”.

(6) “Telegrama” suscrito por Vicente Lecuna Casanova, *El Universal*, 20 de agosto de 1996.

líder, es uno de los ejercicios más antihistóricos de que se tenga memoria, proclamó entonces el ideario de Bolívar como panacea para las urgencias de Venezuela. Pero, no contento con la magnitud del anacronismo, mezcló las ideas del grande hombre con los atrevimientos latinoamericanistas de Simón Rodríguez y con los argumentos que supuestamente desarrolló Ezequiel Zamora durante el comienzo de la Guerra Federal. Lo que se pensó para acabar con el imperio hispánico, sazonado con la genialidad de un pedagogo que se refirió a problemas continentales y con los gritos posteriores de un caudillo contra los godos, todo lo cual no pasó de 1860, nos sacaría de aprietos en 1992. Como es evidente el tamaño del disparate, ahora, sólo conviene llamar la atención sobre el entusiasmo que despertó en miles de seguidores; y sobre la posibilidad de que pudiera correr la sangre partiendo de tanta moralla.⁽⁷⁾ Si de veras existe una actitud neurótica frente a la independencia y ante Bolívar, actitud susceptible de permear diversas capas de la sociedad hasta el extremo de provocar reacciones multitudinarias, seguramente estemos ante su más evidente compendio.

Mas no ante el padre de la criatura. El Presidente Gómez pagó la deuda externa diciendo que lo hacía por inspiración del Padre de la Patria. Seguramente no supo que el héroe murió asediado por los acreedores, después de gobernar una república en bancarota. Aunque durante la independencia las elecciones fueron un proceso inusual y restringido, el Presidente López Contreras creó unas agrupaciones cívicas que divulgaban su fe en los procedimientos electorales de la Gran Colombia. Para combatir a Acción Democrática, el Presidente Pérez Jiménez usó la última proclama de El Libertador que clamaba por el cese de los partidos. El texto se refería a las facciones contrarias al poder residente en Bogotá y no a los adversarios de la dictadura militar, desde luego. En diversos papeles que justificaban la política petrolera, el gobierno posterior a 1945 aseguró que tenía asiento en documentos bolivarianos, pese a que durante la época reflejada en tales documentos los hidrocarburos sólo servían para remendar barcos y para aliviar el reumatismo. Los ejemplos sobran. Acaso uno de los más estrambóticos se encuentre en los Boletines del Ministerio del Ambiente, cuyos redactores se anuncian como discípulos del genio que, no contento con la empresa de fundar cinco naciones, tuvo tiempo para convertirse en el primer ecólogo del continente.⁽⁸⁾

Como por tales empeños ha dejado de pertenecer al género humano, como está libre de la cárcel del tiempo y de las limitaciones de saber y conocimiento que agobian a todas las personas, el grande hombre sirve de aval para cualquier asunto que pase por nuestra mente de hombres contemporáneos: un crimen, un negocio y, ¿por qué no?, un golpe de Estado. La independencia, en cuanto teatro de las faenas del héroe, deviene tiempo sin confines que resiste el paso de las generaciones para obligar a su continuación, aun cuando se haya cumplido en la centuria anterior el ciclo al cual pertenece.

El profeta y las profecías

Para los venezolanos la *Carta de Jamaica* es un documento profético, en cuanto desvela los misterios del porvenir luego de explicar las características básicas de la sociedad

(7) En la prensa inmediatamente posterior a los sucesos de febrero de 1992, quien suscribe y el historiador Manuel Caballero, entre otros pocos, llamaron la atención sobre el estrafalario mensaje de los golpistas.

(8) Ver mi citado artículo, *Simón José Antonio*.

durante la independencia. Es, además, la piedra angular del mensaje integracionista que continua pendiente en América Latina. Rafael Armando Rojas seguramente resume lo que siente la mayoría sobre el texto y sobre el autor. Dice: “En la *Carta de Jamaica*, uno de los documentos más clarividentes del pensamiento político universal, se reveló por primera vez, en toda su amplitud y profundidad, el genio de Bolívar. Su visión del futuro de América asume, a veces, al decir de un gran internacionalista americano, ‘la precisión matemática de un astrónomo que opina: dentro de tanto tiempo aparecerá en tal punto una nueva estrella.’”⁽⁹⁾ J. L. Salcedo Bastardo, divulga una postura ampliamente compartida cuando apunta: [...] “escudriña a América con ojos americanos, mira en ella una creación original con derecho a regirse por las normas de su propia hechura [...] Por su voz América demanda justicia y comprensión para su ser específico”.⁽¹⁰⁾ Más o menos así sentimos los venezolanos sobre el documento. Pensamos que su autor, después de decir adecuadamente quiénes éramos, nos dijo con precisión para dónde iríamos. Machacamos la lucidez del autor que habló ante el mundo con una voz peculiar sobre la justicia de una causa común y anunció el triunfo de la revolución. Aparte de lo citado, una copiosa bibliografía ha opinado, así sobre el documento y hemos venido repitiendo la versión, palabras más, palabras menos.⁽¹¹⁾

A pesar de su predominio, tal análisis ofrece problemas. La insistencia en hablar de profecías puede desembocar en el fundamentalismo que hoy lamentamos y de cuyo influjo ya se mostraron evidencias. ¿Acaso los que hablan vaticinios en el caso que nos ocupa, sólo han empleado una metáfora? La patología bolivariana de las últimas décadas indica lo contrario. Pero el problema de la profecía jamaicana no es sólo ese. El problema es que hay en el documento una lectura del porvenir, pero no tan halagüeña como se ha pretendido. Acaso la lectura más honesta de las limitaciones del designio independentista se encuentre en la *Carta de Jamaica*. Tan honesta que no sirve de augurio, ni de auspicio, ni de horóscopo por el purgatorio que revela. Un purgatorio provocado por el interés de unos hombres y de un período histórico sin cuyas comprensión y asimilación jamás se erumbará nuestro destino.

Porque, a pesar de lo que han afirmado destacados investigadores, el hombre que escribe en Jamaica no escribe por todos los hispanoamericanos, sino por unos pocos. Quiere que el destinatario comprenda a un puñado de hombres, pero no a todos. Si pretende estrenarse de oráculo, lo hace por una grey limitada y precisa que busca el

(9) “El pensamiento americanista de Bolívar”. En: *Visión diversa de Bolívar*, Caracas, ediciones de Petroquímica de Venezuela, 1984, p. 558.

(10) *Historia Fundamental de Venezuela*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1970, págs. 317-318.

(11) Cfr.; Rómulo Betancourt, *Hacia América Latina democrática e integrada*, Caracas, Editorial Senderos, 1967; José Luis Salcedo Bastardo, *Visión y revisión de Bolívar*, Quito, Ediciones de la Casa de la Cultura, 1961; José Luis Salcedo Bastardo, *Bolívar: un continente y un destino*, Caracas, s/e, 1955; Diógenes Escalante, “Bolívar, precursor del panamericanismo”. En: *Revista de la Sociedad Bolivariana*, N° 14, Caracas, nov. de 1943; Francisco Manuel Mármol, “La Carta de Jamaica”. En: *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, tomo XLVIII, Caracas, jul.-sept. 1965; Hilario Pisani Ricci, “La estructura de la Carta de Jamaica”. En: *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, tomo XLVIII, Caracas, jul.-sept., 1965; Alirio Ugarte Pelayo, “Presencia de Bolívar en los problemas actuales de América”. En: *Cuadernos Americanos*, México, N° 5, sept.-oct. 1960. La literatura sobre el punto es extensísima. Ahora apenas se ofrece una muestra de textos redactados por políticos, diplomáticos, historiadores y aficionados a la historia.

predominio. Si habla del vecindario, es para verlo en el presente y en el futuro partido en pedazos. Y otra cosa: no habla para siempre. Su discurso es la traducción de un capítulo de los planes, simplemente. Después lo cambiará y hasta llegará a contradecirlo. ¿Por qué no, si es un político y un soldado, pero jamás un profeta? Tal es la orientación de lo que he osado llamar "Nueva lectura de la *Carta de Jamaica*".

Acaso el problema medular en el análisis del texto radique en el hecho de verlo como testimonio panorámico y estático, en lugar de considerarlo como la evidencia de un tránsito. La república vivida hasta 1815 no ha sido un experimento exitoso, y el documento debe traducir el fracaso. La independencia no ha sido todavía un fenómeno popular, y en el documento debe aparecer la huella de un designio orquestado por unos pocos protagonistas. Los insurgentes de Hispanoamérica no han podido establecerse con regularidad, ni imponer el dominio en los campos de batalla. Por consiguiente, el testimonio no puede evadir los precarios resultados en la política y en la guerra. Las circunstancias que confinan a la *Carta...* usualmente se olvidan. Al sacarla de su tiempo, se le concede una inmutabilidad y una inmanencia susceptible de provocar distorsiones en la lectura.

Un prólogo de decepciones la antecede, en efecto. El ensayo de 1810 no sólo se pierde en las errátiles campañas del Marqués del Toro y de Miranda, o en el fiasco de Puerto Cabello que conduce a la Capitulación de San Mateo. Los éxitos de Domingo Monteverde responden a la inexperiencia del ejército rival, mas también a que en los pueblos se le recibe con entusiasmo mientras los enemigos rivalizan. La oposición de Maracaibo y de Coro al llamado de la insurgencia, unida a la existencia de un sentimiento regalista en amplios sectores, no permiten ver a la república como un deseo mayoritario. La mala administración de los dineros públicos, el sentir a la patria como un regocijo de la aristocracia en el cual no pueden participar los estratos inferiores, el encono de la nobleza local contra la influencia del Precursor.⁽¹²⁾ Varias de ellas, incluido Bolívar, pretenden recuperarse en la Nueva Granada, cuya situación no es tampoco auspiciosa.

La independencia de la Nueva Granada ha sido un proceso heterogéneo y sin apoyos masivos. La Junta Suprema de Bogotá, que arranca de manera formal la emancipación el 20 de julio de 1810, es apenas una fracción del fenómeno. En Cartagena y en Santa Marta, en Pamplona y en Antioquia, en Casanare y en Tunja, se forman asambleas similares que no consideran la obediencia a la capital como un suceso automático. Más aún, algunas le niegan el respaldo y otras aceptan con renuencia el envío de representantes a un débil Congreso reunido en Santa Fe. Cuando se disuelve en medio de contradicciones la Junta de Santa Marta, Cartagena pretende dominarla por la fuerza de las armas. En las ciudades principales se desarrolla un conflicto entre las élites inclinadas hacia la moderación y el pueblo que aspira a soluciones enfáticas. En Santa Fe las turbas solicitan un castigo ejemplar para el Virrey, mientras los representantes de la Junta prefieren dejarlo escapar a escondidas. La pugna entre los criollos y el populacho son fuertes en Mompós, hasta el extremo de provocar una tirantez que está a punto de desembocar en un motín. Cuando

(12) Ver: Caracciolo Parra Pérez, *Historia de la Primera República*, Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1959, 2 vols; Andrés Ponte, *La revolución de Caracas y sus Próceres*, Caracas, s/e, 1928; Elías Pino Iturrieta, *La mentalidad venezolana de la emancipación (1810-1812)*, Caracas, Eldorado Ediciones, 1991.

se enteran de la proclamación de la independencia, los indígenas del norte manifiestan su adhesión a la monarquía. Lo mismo ocurre en Santa Marta y en Pasto. En breve se forma una guerrilla realista en Patía.⁽¹³⁾ Tal es la escena que recibe a los venezolanos derrotados por Monteverde. La habilidad del joven Bolívar en el manejo de las hostilidades domésticas y en el trato con las élites del reino, hace posible un retorno exitoso a Venezuela, cuya situación ha llegado a extremos de violencia que no permiten pensar en un nuevo ensayo de república caracterizado por la estabilidad.

Después del incumplimiento de la Capitulación de San Mateo, en Venezuela ha desaparecido el estado de derecho. Una violencia sin cuento, dirigida por las mesnadas de Monteverde, pero bien vista por el populacho y por numerosos factores de la sociedad, se ha descargado contra los traidores a la corona. Hasta ciertos funcionarios españoles se escandalizan por los castigos aterradores del ejército reconquistador: violaciones, asalto a las propiedades, fusilamientos sin fórmula de juicio, procesos torcidos en la Audiencia, tormentos y vejámenes en la plaza pública. El avance militar de Bolívar desde Cúcuta, llamado Campaña Admirable, inaugura la violencia de los patriotas. El Decreto de Guerra a Muerte que publica el 15 de junio de 1813, cuyo contenido dispone la inmolación de los peninsulares y de los canarios que no apoyasen a la causa republicana, mientras tiende un manto de benevolencia para los criollos, independientemente de la posición que hubiesen tomado ante los acontecimientos de la víspera, refleja el tono violento de la respuesta ofrecida por el líder en su retorno. Mientras los oficiales de Monteverde continúan el holocausto de la población civil, otro dirigente de origen mantuano, Antonio Nicolás Briceño, conocido en las altas esferas y de principal participación en la política desde principios de siglo, ordena a sus tropas que borren de la faz de la tierra todos los rastros de la civilización española. El temprano triunfo del ejército bolivariano es apenas un espejismo en medio de la cruenta escena. Caracas es un escombros. Valencia exhibe las dolorosas consecuencias de las campañas recientes. Los campesinos se esconden ante el paso de los ejércitos, sin fijarse en la bandera que los precede. El acto ocurrido en octubre de 1813, en el cual se concede al héroe triunfante en la batalla de Mosquiteros el título de Libertador, es apenas un momento amable en medio del caos generalizado. Un nuevo dirigente español, José Tomás Boves, empuña la batuta de la violencia desde principios de 1814. Su aparición preocupa más que las acciones del propio Monteverde, no en balde ha logrado establecer un liderazgo robusto sobre los llaneros. Con ellos como fundamento de sus contingentes, los episodios de salvajismo que suceden en adelante superan con creces lo vivido, mientras Fernando VII regresa triunfante al trono de Madrid. Sólo dos oficiales venezolanos de importancia, Santiago Mariño y Juan Bautista Arismendi, secundan al recién proclamado Libertador. La inminencia de la llegada de Boves, en junio de 1814 los caraqueños de la población civil inician una emigración masiva hacia el oriente del país. Como no encuentra allí Bolívar recursos para reanudar las hostilidades,

(13) Ver: José Manuel Groot, *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada*, Bogotá, Editorial Cromos, 1956; José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución de la República de Colombia*, Medellín, Editorial Bedout, 1969, vol. V. Indalecio Liévano Aguirre, *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*, Bogotá Editorial Tercer Mundo, 1966; Javier Ocampo López, "El proceso político, militar y social de la independencia". En *Manual de historia de Colombia*, Jaime Jaramillo Uribe (Coordinador), Bogotá, Procultura Editores, 1944, vol. 2.

prefiere marcharse hacia Cartagena. Debe llevar noticias al Congreso sobre otra aparatosa decepción.⁽¹⁴⁾

Ya es la figura primordial de la independencia de Venezuela, pero la independencia sigue sin existir. El pueblo que no la ha apoyado, ha pasado por tiempos de crueldad sin precedentes. Un ejército de llaneros ha abatido la república. El fuelle de un huracán inédito ha barrido las costumbres pacíficas. Las instituciones de gobierno han sufrido evidente menoscabo. La riqueza de los campos ha desaparecido. Tales son los elementos del inventario que debe presentar en la Nueva Granada, cuya situación, más apacible que la venezolana, no deja de ser difícil. No sólo por la llegada del ejército de Pablo Morillo, sino por la rivalidad entre los insurgentes. En el antiguo virreinato los partidarios del rey todavía controlan Santa Marta, Panamá, Riohacha, Cuenca, Guayaquil y Quito. Las Provincias confederadas en Tunja no han logrado la obediencia de Cundinamarca, mientras los españoles preparan el sitio de Cartagena. Bolívar es empleado por los confederados en el combate doméstico, hasta que logra que Santa Fe capitule. Luego se le escoge como cabeza de una vasta campaña que incluiría la reconquista de Venezuela, pero encuentra escollos entre los compañeros de causa. El jefe de la guarnición de Cartagena, respaldado por importantes huestes y personalidades, se niega a aceptar su jefatura. Está dispuesto a la guerra civil, antes que a verlo como su superior en el ejército. Pese a diversos intentos de conciliación, el oficial amenaza con declarar la guerra a su gobierno y muchos factores del gobierno están dispuestos a aceptar el reto. Un forcejeo estéril desemboca en el sacrificio de Bolívar, quien decide marcharse a Jamaica ante la imposibilidad de llegar a un convenio con la facción rival. Parte sin mando militar, sin un séquito de compañeros y sin recursos económicos.⁽¹⁵⁾ Su soledad resume el declive de la insurgencia en Venezuela y en la Nueva Granada.

Así las cosas nadie puede apostar un centavo por la república cuando uno de sus protagonistas marcha a una incertidumbre llamada Jamaica.

¿Acaso alberga optimismo en su corazón? ¿Acaso marcha dispuesto a escribir genialidades? ¿Saliendo de tierra arrasada, hace tabla rasa del desastre para profetizar el renacimiento? Si consideramos que no está dominado por la locura, debemos suponer que va a pensar y a escribir partiendo de la experiencia vivida. Si consideramos que es un hombre talentoso y sensato, debemos suponer que va a agarrar el toro por los cuernos, esto es, que va a decir la verdad dentro de lo posible en los negocios políticos. La verdad, de acuerdo con lo que se ha comentado, nada tiene que ver con la grandeza. La verdad reclama un análisis descarnado y doloroso. Veamos si el personaje la asume, o prefiere mentir y decir tonterías.

(14) Ver: Caracciolo Parra Pérez, *Mariño...*; J. F. Heredia, *Memorias*, Madrid, Editorial América, 1947; Pedro Urquinaona y Pardo, *Memorias*, Madrid, Editorial América, 1947; Narciso Coll y Prat, *Memoriales sobre la independencia de Venezuela*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1960; Mario Briceño Iragorry, *Casa León y su tiempo*, Caracas, Tipografía Garrido, 1942; Augusto Mijares, "La evolución política de Venezuela. En: *Venezuela independiente*, Caracas, Fundación Mendoza, 1962; Tomás Polanco Alcántara, *Simón Bolívar. Ensayo de una interpretación biográfica a través de sus documentos*, Caracas, Editorial EG, 1994.

(15) Ver José Manuel Restrepo, *op. cit.*; Javier Ocampo López, *op. cit.*

La versión de un criollo

Para penetrar en el asunto no se precisa el conocimiento de los aspectos formales del documento, ya suficientemente analizados por Monseñor Nicolás Eugenio Navarro,⁽¹⁶⁾ sino aproximarse al texto sin las prevenciones que han predominado en su estudio. Y así, en primera instancia, llamar la atención sobre el hecho de que se le haya considerado como una pieza aislada y única, cuando viene acompañada por otra pieza que redacta la misma pluma en el mismo lugar, entre septiembre y diciembre de 1815; esto es, mientras escribe el texto más conocido, o poco tiempo después. Se trata del artículo escrito por Bolívar con el pseudónimo *El Americano* sobre la situación étnica y social del continente, que dirige al editor de la *Gaceta Real de Jamaica*. No existen evidencias de que se publicara en su momento, pero nadie duda de la autoría, ni de la cronología. Dado que trata muchos de los temas trabajados en el documento principal, se convierte en su ineludible complemento.⁽¹⁷⁾ Cuando se examinan los dos como parte de un argumento y de una actitud semejantes, se llega a una firme conclusión curiosamente inadvertida hasta nuestros días: apenas son representativos de una parcialidad de la sociedad hispanoamericana. Sólo reflejan la voz de un blanco criollo. Si es así, no miran la situación con ojos americanos, sino con ojos criollos. El académico recién llegado no quiere plantear un asunto de matices, ni jugar a la erudición. La diferencia puede explicar la esencia y los límites de la independencia política o, por lo menos, de su capítulo inicial.

¿Cuándo hace el autor la referencia que ha conducido a creer que habla por todos, como pocas veces había pasado hasta entonces? Cuando se atreve a ofrecer una definición de los hombres que intenta liberar, o de los que aprecia como sus pares. El fragmento es hartamente conocido, pero conviene copiarlo otra vez. Dice:

Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil.⁽¹⁸⁾

La identificación se refiere a un conglomerado inmenso. Si la lectura permanece hasta aquí, nadie podría dudar de la intención panorámica, esto es, de la existencia de una afirmación susceptible de abarcar a todos los hispanoamericanos. Pero más adelante aclara el autor:

[...] no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles: en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar estos a los del país y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores; así nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado.⁽¹⁹⁾

(16) *El destinatario de la Carta de Jamaica, (en torno a un luminoso hallazgo documental)*, Caracas, Imprenta Nacional, 1956.

(17) "Señor Redactor o Editor de la *Gaceta Real de Jamaica*", Kingston, 1815. En: *Simón Bolívar, Doctrina del Libertador*, Prólogo de Augusto Mijares, Compilación, Notas y Cronología de Manuel Pérez Vila, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976, págs. 75-79.

(18) "Contestación de un Americano Meridional a un caballero de esta isla", Kingston, 6 de septiembre de 1815. (En adelante: *Carta de Jamaica*). En: *Doctrina del Libertador*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1966, p. 62.

(19) *Idem*.

Ahora lo que parecía general se torna parcial. El “pequeño género humano” no está formado por los indios. El fragmento no los subestima, en cuanto les atribuye la propiedad legítima del territorio, pero los excluye de manera expresa. El “pequeño género humano” está constituido por otro tipo de personas que pudieran ser quienes integran el resto de la sociedad –los negros, los blancos y los mestizos– si no los unificara el autor en el hecho de poseer derechos semejantes a los de los europeos. Como no han ejercido en América tales derechos los negros y los mestizos, o los han ejercido de manera restringida, pudiera uno suponer que se refiere a los blancos, o a cierto tipo de blancos, pues no todos disfrutaban a plenitud en la colonia los derechos provenientes de la tradición metropolitana. Ciertamente el texto utiliza los vocablos “especie media” para calificar a los americanos distintos de los indios. Tales vocablos pudieran referirse a los mestizos, lo cual los haría de inmediato partícipes del “pequeño género humano”, pero no es así. Califican a las personas que, sin ser españoles peninsulares, han luchado con el elemento autóctono por la posesión de los derechos sobre la tierra. Hablan entonces, sin admitirlo expresamente, de los blancos criollos. Ellos son el “pequeño género humano”.

Pero, en caso de que ofreciera dudas la interpretación, otro fragmento más contundente viene en su auxilio. Veamos lo que escribe de seguidas El Libertador:

El Emperador Carlos V formó un pacto con los descubridores, conquistadores y pobladores de América, que como dice Guerra, es nuestro contrato social. Los reyes de España convinieron solemnemente con ellos que lo ejecutasen por su cuenta y riesgo, prohibiéndoseles hacerlo a costa de la real hacienda, y por esta razón se les concedía que fuesen señores de la tierra, que organizaran la administración y ejerciesen la judicatura en apelación, con otras muchas exenciones y privilegios que sería prolijo detallar. El Rey se comprometió a no enajenar jamás las provincias americanas, como que a él no tocaba otra jurisdicción que la del alto dominio, siendo una especie de propiedad feudal la que allí tenían los conquistadores para sí y sus descendientes. Al mismo tiempo existen leyes expresas que favorecen casi exclusivamente a los naturales del país originarios de España en cuanto a los empleos civiles, eclesiásticos y de rentas. Por manera que, con una violación manifiesta de las leyes y de los pactos subsistentes, se han visto despojar aquellos naturales de la autoridad constitucional que les daba su código.⁽²⁰⁾

Ahora, para justificar la independencia, acude a una de las doctrinas más famosas de la Ilustración, la Doctrina del Contrato Social, pero no la maneja en sentido amplio. No habla, como Rousseau, de una situación ideal, atribuible al principio de la humanidad, gracias a la cual se juntaron todos los miembros de una sociedad para convivir según un acuerdo compartido.⁽²¹⁾ Habla, si atendemos a la parte general, de la ruptura de un convenio que estableció una autoridad con un grupo de vasallos. Y, si vemos lo particular, de la traición hecha al pacto establecido entre Carlos V y los conquistadores españoles en la génesis de nuestra historia. El incumplimiento de tal pacto, pariente del feudalismo, legitimador del esfuerzo de conquistadores y pobladores, ofrecido para siempre a un

(20) *Ibidem*, p. 64.

(21) Ver: Mariano Picón Salas, “Rousseau en Venezuela”. En: *Philosophical and phenomenological Research*, IV, 2. 1943; Bernhard Groethukysen, *J. J. Rousseau, México*, Colección Popular, Fondo de Cultura Económica, 1985; Elías Pino Iturrieta, *La mentalidad venezolana de la emancipación (1810-1811)*, Caracas, Eldorado Ediciones, 1991.

solo tipo de usufructuarios, productor de derechos en la descendencia –cargos civiles, dignidades religiosas, control de la economía– y de leyes posteriores que garantizaban su validez, justifica la insurgencia. Es evidente cómo Bolívar se aferra a la traición del derecho de unos pocos, de los blancos descendientes del tronco peninsular, para defender su posición frente al imperio español y frente a la opinión de sus destinatarios extranjeros.

La idea, como el propio Bolívar apunta, encuentra paternidad en Guerra, es decir, en el ilustrado mexicano Fray Servando Teresa de Mier, autor de una célebre *Historia de la revolución de Nueva España*, editada en Londres, su autor se identifica en la portada con el nombre de José Guerra, doctor de la Universidad de México. Pese a que se perdió en un naufragio buena parte de los mil ejemplares que entonces se imprimieron, la obra alcanzó notoriedad.⁽²²⁾ De ella toma la *Carta de Jamaica* la particular interpretación del contrato social, que se ha descrito.

Veamos cómo la expone Fray Servando:

Los reyes de España capitularon jurídica y solemnemente, desde Colón, con los conquistadores y descubridores de América para que lo fuesen a su propia cuenta y riesgo y que por lo mismo quedasen señores de la tierra, con título de marqueses los principales descubridores o pobladores, recibiendo a los indígenas en encomienda vasallaje o feudo, para lo cual se repartían entre los descubridores y pobladores, según el rango de éstos y la calidad de sus encomiendas, tributándoles también como antes a sus señores; que estos nuevos diesen nombres a la tierra, a sus ciudades, villas, ríos y provincias, y dividiesen éstas; pusiesen los ayuntamientos, confirmasen sus alcaldes o jueces ordinarios, hiciesen ordenanzas y como delantados ejerciesen en su distrito jurisdicción en apelación; en los términos que capitularon con el rey, y de que muchos constan en el Código de Indias, principalmente en el Libro IV; quedando el rey con el alto dominio de las Indias Occidentales descubiertas o por descubrirse *con tal que no pueda enajenarlas ni separarlas de la Corona de Castilla, a que están incorporadas, en todo ni en parte, en ningún caso ni en favor de ninguna persona.*

De acuerdo con la fuente, los vasallos están autorizados a rebelarse debido a que la autoridad incumplió pactos explícitos. Pero los pactos incumplidos no atañen a toda la población de América, sino a los conquistadores, a los pobladores y a su descendencia. La traición que reclama Fray Servando no perjudica a todos los americanos, sino a una parcialidad. La revolución se legitima por el perjuicio causado a un grupo de vasallos, quienes corren el riesgo de perder prerrogativas tan importantes como el gobierno doméstico, los títulos nobiliarios, la posesión de la tierra, el control de los indígenas y la administración de justicia. Es evidente cómo habla para favorecer a un elenco determinado, o cómo se afianza en sus privilegios para fundamentar la independencia.

En relación con los derechos de los blancos criollos, nacidos del tronco peninsular, escribe luego el fraile:

(22) "Historia de la revolución de Nueva España". En: Fray Servando Teresa de Mier, *Ideario Político*, Prólogo, notas y cronología de Edmundo O'Gorman, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1990. Sacerdote dominico, protagonista de peripecias dignas de una novela, adorador de Bartolomé de las Casas, Diputado en las Cortes de Cádiz, publicista de la emancipación continental; compañero de aventuras de Simón Rodríguez en Europa, según se dice, Fray Servando es uno de los pensadores más inminentes de la América independentista.

[...] para dicha compensación de los conquistadores, descubridores, pacificadores y pobladores mandaron los reyes: que con especial cuidado fuesen preferidos en los premios, empleos, etc., sus descendientes se declararon hijosdalgo, nobles de linaje y solar conocido, y caballeros de los reinos de Castilla según fueros, leyes y costumbres de España. No sólo decretaron que los nacidos en América de padres españoles fuesen preferidos por los curatos, sino para las dignidades y demás oficios y beneficios eclesiásticos.⁽²³⁾

La alteración de una tradición metropolitana que favorecía a personajes como Fray Servando y Simón Bolívar, provocada por la abdicación de Carlos IV en favor de José Bonaparte, es la base del argumento. Debido al control del trono católico por una monarquía de cuño revolucionario-francés, se lesionaban la Constitución y los códigos del reino en los cuales encontraban fundamento las inmunidades de los blancos criollos. Como se observa, aquí la insurgencia acude a la tradición. Partiendo de ella, esto es, de la fuente de la cual manaban los derechos de “los nacidos en América de padres españoles”, se habla de la existencia de un colectivo menoscabado, de un “pequeño género humano” cuyo propósito es la salvaguarda de normas y usos inveterados. Ciertamente Fray Servando en su *Historia de la revolución de Nueva España* incluye en “nuestro Contrato Social” a los indígenas y a los mestizos, pero no sucede lo mismo en la *Carta de Jamaica*. Se sabe que Bolívar citaba de memoria. Lo pudo olvidar, o prefirió insistir en sus pares del criollaje. En todo caso, no traspasa el lindero como lo traspasó el mexicano.⁽²⁴⁾

Pero en el artículo remitido al editor de la *Gaceta Real de Jamaica*, se explyea en el comentario del tema étnico y social. A fin otorga una posición especial al rol de los blancos criollos y ofrece comentarios sobre los elementos autóctono, negro y mestizo. Tales comentarios resultan de gran utilidad para informarnos de la visión que podían tener los blancos criollos sobre sí mismos y sobre los miembros de la comunidad que aparecía enfrentada a España. Como es evidente, desde el punto de vista cuantitativo, la desventajosa posición de los criollos en cuanto cabezas de la revolución, se explyea en consideraciones de tipo histórico y cultural favorables a su privanza, muy dignas de atención.

Son las que se copian de seguidas:

De quince a veinte millones de habitantes que se hallan esparcidos en este gran continente de naciones indígenas, africanas, españolas y razas cruzadas, la menor parte es ciertamente de blancos; pero también es cierto que ésta posee cualidades intelectuales que le dan una igualdad relativa y una influencia que parecerá supuesta a cuantos no hayan podido juzgar, por sí mismos, del carácter moral y de las circunstancias físicas, cuyo compuesto produce una opinión lo más favorable. Observemos que al presentarse los españoles en el Nuevo Mundo, los indios los consideraron como una especie de mortales superiores a los hombres; idea que no ha sido enteramente borrada, habiéndose mantenido por los prestigios de la superstición, por el temor de la fuerza, la preponderancia de la fortuna, el ejercicio de la autoridad, la cultura del espíritu y cuantos accidentes

(23) *Ibid*, p. 85.

(24) *Ibid*, Libro XVI. El citado estudio de Edmundo O’Gorman examina con mayor profundidad este asunto del contrato social de los americanos en la obra de Fray Servando.

pueden producir ventajas. Jamás éstos han podido ver a los blancos sino a través de una grande veneración, como seres favorecidos del cielo.⁽²⁵⁾

Estamos ante un criollo perfectamente consciente de las razones de su pertenencia a la cúpula. Una sola de tales razones tiene que ver con una característica intrínseca que determina superioridad: la posesión de “cualidades intelectuales”. El resto responde a motivaciones históricas y a la respuesta de una mentalidad colectiva. La imposición de la autoridad a través de la fuerza y el control del poder y de la riqueza durante trescientos años forman parte esencial de la explicación, pero también lo que denomina “cultura del espíritu” y “prestigios de la superstición”. Los criollos, de acuerdo con el texto, no sólo ocupan el sitio principal por un ejercicio violento, sino porque desde el principio se creyó que algo sobrenatural los hacía superiores y porque la gente se acostumbró a sentirlo así. Las circunstancias se acordaron para que fuera así, independientemente de los resortes de presión que pudieron participar en el suceso. Gracias a la conjunción de tales factores, surgió una privanza que, en lugar de crear incomodidad entre los otros miembros de la sociedad, desembocó en “una grande veneración”, esto es, en una especie de acuerdo unánime sobre su establecimiento en la cúspide.

Hasta ahora el discurso ha insistido en factores externos a la clase criolla, susceptibles de determinar su posición social. Pero los criollos, debido a su comportamiento con los dependientes y a características ambientales, han correspondido con benevolencia por el rol que desempeñan. En la continuación del artículo podemos leer:

El colono español no oprime a su doméstico con trabajos excesivos, lo trata como a un compañero; lo educa en los principios de moral y de humanidad que prescribe la religión de Jesús. Como su dulzura es ilimitada, la ejerce en toda su extensión con aquella benevolencia que inspira una comunicación familiar. El no está agujoneado por los estímulos de la avaricia ni por los de la necesidad que producen la ferocidad de carácter y la rigidez de principios, tan contrarios a la humanidad. El americano del sur vive a sus anchas en su país nativo; satisface sus necesidades y pasiones a poca costa. Montes de oro y de plata le proporcionan riquezas fáciles con que obtiene los objetos de la Europa. Campos fértiles, llanuras pobladas de animales, lagos y ríos caudalosos con ricas pesquerías lo alimentan superabundantemente, el clima no le exige vestidos y apenas habitaciones; en fin, puede existir aislado, subsistir de sí mismo y mantenerse independiente de los demás. Ninguna otra situación del mundo es semejante a ésta.⁽²⁶⁾

En principio repite un parecer que encuentra origen en las *Constituciones Sinodales* de la Diócesis de Caracas, aprobadas en 1687. Según ellas, los criollos, llamados “padres de familia” en el documento episcopal, habían venido al mundo para convertirse en cabeza afectuosa de un enjambre de sujetos menores a quienes debían guiar en la obediencia de los patrones clásicos. Estaban en la cúspide para llevar al templo los vasallos y para enseñarlos a respetar la ley; así mismo, para ofrecerles un modelo de vida que era también camino de santificación.⁽²⁷⁾ Aunque no atribuye a la obediencia de la norma religiosa el

(25) “Señor Redactor o editor de la ‘Gaceta de Jamaica’”. En: *Doctrina del Libertador*, págs. 75-76.

(26) *Ibidem*, p. 76.

(27) Ver: *Apéndices al Sínodo Diocesano de Santiago de León de Caracas*, Estudio Preliminar de Manuel Gutiérrez de Arce, Caracas, Academia Nacional de la Historia, Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Nos. 124-125, 2 vols; Elías Pino Iturrieta, *Contra lujuria, castidad. Historias de pecado en el siglo XVIII venezolano*, Caracas, Alfadil Ediciones, 1992.

comportamiento de los criollos con los siervos, Bolívar machaca sobre la existencia de un vínculo indulgente y compasivo, casi familiar, ejercido por los de su clase con las servidumbres. Se trata de un sentimiento natural, de una conducta nacida espontáneamente, de un carácter orientado a la piedad. La presencia de tantas virtudes se ve reforzada por un factor externo, –la riqueza del territorio, la posibilidad de adquirir fortuna con un mínimo de sacrificio, las pocas exigencias que hace la naturaleza a los señores para tener una existencia llevadera– gracias a cuyo masivo predominio no se precisa la explotación de la fuerza de trabajo para aumentar los caudales. Así las cosas, a las virtudes naturales de la aristocracia se agrega la generosidad del medio físico para asentar una dominación equitativa.⁽²⁸⁾

El patriarca que se mira satisfecho en el espejo, también se ocupa de mirar a los indios. Así como encuentra en sus pares un cúmulo de rasgos edificantes, localiza en ellos una dulce conformidad.

El indio [dice] es de un carácter tan apacible que sólo desea el reposo y la soledad; no aspira ni aun a acaudillar su tribu, mucho menos a dominar las extrañas. Felizmente esta especie de hombres es la que menos reclama las preponderancias; aunque su número excede a la suma de los otros habitantes. Esta parte de la población americana es una especie de barrera para contener a los otros partidos; ella no pretende la autoridad, porque ni la ambiciona ni se cree con aptitud para ejercerla, contentándose con su paz, su tierra y su familia. El indio es el amigo de todos, porque las leyes no lo habían desigualado y porque, para obtener todas las mismas dignidades de fortuna y de honor que conceden los gobiernos, no han de menester de recurrir a otros medios que a los servicios y al saber; aspiraciones que ellos odian más que lo que pueden desear las gracias.⁽²⁹⁾

No se detiene a opinar sobre los mestizos. Pero sobre los esclavos, se atreve afirmar:

El esclavo en la América vegeta abandonado en las haciendas, gozando, por decirlo así, de su inacción, de la hacienda de su señor y de una gran parte de los bienes de la libertad; y como la religión le ha persuadido que es un deber sagrado servir, ha nacido y existido en esta dependencia doméstica, se considera en su estado natural como un miembro de la familia de su amo, a quien ama y respeta.⁽³⁰⁾

Los indios consolados por su suerte, poco deseosos de servir y de aprender, preocupados únicamente por su familia y por sus sembradíos, serenados en la costumbre de la paz; los esclavos estimados como miembros de la parentela, convencidos de la legitimidad de su estado por influencia del mensaje religioso, casi libres en la amabilidad de las plantaciones, habitan el paraíso de los criollos que pretende ser más genuino gracias

(28) Esta lectura patriarcal no es única en nuestra historia. Se repite en el comienzo de la autonomía republicana, después de la independencia. Uno de sus más elocuentes voceros es Fermín Toro, a través de sus famosas *Reflexiones sobre a ley del 10 de abril de 1834*. En el presidente Manuel Felipe de Tovar se pueden observar importantes rasgos de la misma orientación, durante la Guerra Federal. Ver mi libro: *Las ideas de los primeros venezolanos*, Caracas, Monte Avila Editores Latinoamericana, 1993.

(29) "Señor Redactor o Editor"... págs. 76-77.

(30) *Idem*.

a la revolución armada. Tal es la versión que se colige del artículo remitido por Bolívar a la *Gaceta Real de Jamaica*, mientras escribe su célebre *Contestación de un Americano Meridional a un caballero de esta isla*, o pocos días más tarde.

El joven que se ha formado con criaturas de su exclusiva calidad y que viene de una familia aclimatada dentro de los valores de la tradición, debe compartir la lectura que han divulgado sus antepasados. En principio debe pensar y sentir como su abuelo y su padre, y como los “grandes cacaos” compañeros de su abuelo y de su padre. Cuando leyó o comentó literatura moderna, lo hizo entre los suyos y para los suyos. Cuando participó en el arranque de la revolución, tuvo como interlocutores a individuos de su linaje, o allegados a su linaje. Todavía no ha experimentado la conmovedora experiencia de recibir atenciones de un oficial de piel oscura, Ignace Marión, Gobernador Militar del Distrito de Los Cayos; o de gozar la benevolencia del hijo de una negra libre, el Presidente Petión de Haití, quien lo trata como semejante y le enseña la dignidad de un pueblo recién salido del cautiverio. En consecuencia, todavía no ha sentido la necesidad vital de proponer un discurso lo lleve a entender un “pequeño género humano” tan numeroso como el que pronto va a encabezar. En cuanto no ha vivido situaciones susceptibles de revelarle las necesidades y las características de un pueblo que sólo se incorporará a la revolución si de veras existe una propuesta que las incluya, continúa metido, como apunta en el comienzo de la *Carta...*, “en el caso más extraordinario y complicado”, ser apenas vocero de un sector de hispanoamericanos, confundir a la parte con el todo y pretender desde tal predicamento el respaldo de los demás.

La América disgregada

La revisión de los puntos tocados en la *Carta de Jamaica* sobre la integración continental, también desemboca en un conocimiento diverso. Como se ha tenido al documento como piedra angular de la idea de unidad hispanoamericana, o como su prefacio más entusiasta, leerlo de nuevo conduce a una apreciación que no coincide con las predominantes. Siguiendo los pasos de la parte anterior, acerquémonos a la frase que debió atribuirle tal orientación. Es una frase que, en general, no se transcribe completa. Los lectores casi siempre la han conocido así:

Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse.⁽³¹⁾

De tal manera la transcriben y la repiten, para hacer énfasis en una afirmación que Bolívar agrega después:

¡Qué bello sería que el Itsmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras partes del mundo.⁽³²⁾

(31) *Carta de Jamaica*, p. 72.

(32) *Idem*.

Presentadas así, sin las explicaciones que las complementan, las palabras se convierten en una arenga integracionista. Pero la frase completa termina por negar las posibilidades de integración. Vamos a copiar ahora esa frase, sin ningún tipo de cortes:

Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tienen un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse; mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América. ¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras partes del mundo. Esta especie de corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra regeneración; otra esperanza es infundada, semejante a la del abate St. Pierre, que concibió el laudable delirio de reunir un congreso europeo para decidir de la suerte y de los intereses de aquellas naciones.⁽³³⁾

Como se habrá notado, el texto admite la eventualidad de la integración, pero inmediatamente la niega. Reconoce que las repúblicas hispanoamericanas pueden juntarse en el futuro por la existencia de factores que las han unido desde antiguo –una raíz, una lengua, una fe y unos usos comunes– pero advierte cómo los adversan unos factores de disgregación –diversidad ambiental, ambiciones lugareñas, heterogeneidad de psicologías– suficientemente poderosos como para conspirar exitosamente contra un sueño sublime. Antes de identificar a tales factores de disgregación para sustentar su argumento, Bolívar refuerza la postura sobre la integración diciendo: “mas no es posible”. Lo mismo sucede con su posición sobre el Congreso de Panamá. Lo ve como un anhelo superior y como una congregación útil, pero, a la vez, como una reunión remota e improbable. El Congreso de Panamá ocurrirá, si ocurre, “en una época dichosa de nuestra regeneración”. Tal como están las cosas para El Libertador y para la Independencia en 1815, los dos en una suerte de agujero profundo, no es peregrino asumir que pensaba en una fecha realmente distante. Y sobre la alternativa de que el Congreso se reuniera de veras, el desánimo se resume en la comparación que hace con el proyecto del abate Saint Pierre, el cual califica de “laudable delirio”. Es una excelente idea, pues, pero es una alucinación, una fantasía, una quimera, si el diccionario de sinónimos no nos traiciona.

Bolívar ciertamente se atreve a hablar sobre procesos puntuales que sucederán en el futuro y los anuncia con propiedad. Partiendo de la experiencia personal y de las noticias que maneja en una situación de relativa incomunicación, pronostica los proyectos monárquicos de México, la unificación de las repúblicas centroamericanas, la unión de Venezuela con la Nueva Granada y el establecimiento de una república estable en Chile.⁽³⁴⁾ Son cosas que pueden pasar, dice, pero que a lo mejor no pasan. Es un riesgo que asume cuando las pregona.⁽³⁵⁾ Los historiadores han insistido en estos aciertos, hasta el punto de

(33) *Idem.*

(34) *Ibidem.*, pp. 70-72.

(35) *Ibid.*, 69.

llamar *Carta Profética* al documento. Nadie puede negar cómo se aproxima a la suerte inmediata de esas repúblicas, pero la insistencia sobre la puntería de tal aproximación ha subestimado la idea fundamental que desarrolla, como acabamos de ver, en torno a la desunión de Hispanoamérica y a la improbable alternativa de revertir el proceso. Quizá sea ese, en caso de que se insista en el carácter presagioso de sus letras, el único augurio que de veras ha confirmado el porvenir. Sobre los otros produjo cambios el paso del tiempo, mientras la disgregación de los países que antes fueron colonias de España es el rasgo abrumador de nuestros días.

Conclusión, o el héroe releído

Luego de lo que se ha visto, la primera reacción que puede plantear el hombre acostumbrado a recibir una sola versión del ideario bolivariano puede ser de asombro. Seguramente nadie se ocupó de decirle, con papeles en la mano, que El Libertador manejó una versión unilateral de la Independencia y que desconfió del futuro de Hispanoamérica. O más aún, que lo hizo a través del documento al cual se han concedido los rasgos de la amplitud y el optimismo. La respuesta es simple: el grande hombre pensó muchas cosas y fue cambiando el pensamiento cuando las circunstancias lo reclamaban. En el *Manifiesto a los pueblos de Venezuela*, que escribe en agosto de 1817; en el *Discurso de Angostura*, datado en 15 de febrero de 1819; en numerosos papeles sobre la creación de Colombia y en su proyecto constitucional para Bolivia,⁽³⁶⁾ por ejemplo, en los cuales aborda el tema de la participación de los ciudadanos en los negocios públicos y el asunto de la composición social de las repúblicas, plantea argumentos distintos. Tales argumentos escapan ahora a nuestra atención, pero se señalan con el propósito de insistir en la necesidad de ver el tránsito del héroe como una dinámica sujeta al cambio y a la contradicción. Pocas veces se ha observado así, mas cuando se observe nos percataremos de que no redactó el Evangelio, sino una serie de respuestas a las solicitudes de su ambiente. Una serie de respuestas históricas, esto es, destinadas a una escena temporalmente ubicada en términos precisos. No estoy seguro de que se hayan juzgado así, debido a las manipulaciones ya la patología aludidas al principio. En todo caso, incursionar en sus textos sintiendo que son el testimonio de un designio político, pero no reliquias intocables, nos puede producir un formidable beneficio.

Que los venezolanos de hoy sepan cómo Bolívar fue un blanco criollo que asumió al principio la Independencia para reivindicar los derechos de sus mayores y los suyos propios, como muestran la *Carta de Jamaica* y el artículo remitido a la *Gaceta Real de Jamaica*, confirma que, tanto el personaje como el proceso que vivió, respondían a unas necesidades concretas y a una historia anterior que nadie podía borrar. Esa historia produjo unos derechos en los miembros de la clase social más favorecida, que inició la guerra para hacerlos más irrefutables. Las criaturas acostumbradas a disfrutar la vida en la cumbre de la sociedad debido a que así lo establecían las leyes de Dios y del rey, buscaron la profundización de su permanencia a través de la empresa insurgente. El constatarlo ahora nos demuestra que la república no nació de la locura, sino del pasado inmediato, y que al principio la patria no fue tan boba como se ha propalado. La movió un interés, como a

(36) No se estudian aquí tales documentos, por razones obvias. Pueden consultarse en la mencionada *Doctrina del Libertador* que se ha manejado ahora; o a través de la edición de los *Escritos del Libertador* que viene publicado la Sociedad Bolivariana de Venezuela.

todos los movimientos políticos de la historia. La sociedad formada por estamentos irreductibles entre sí, que no está ganada para una metamorfosis o que, a lo sumo, prefiere una variación superficial, comienza a hacer la revolución. Si se entiende así el origen de la Independencia, rastreado a través del testimonio del más importante de sus artífices, puede recibir mucha claridad la lectura que requiere el presente.

Que los venezolanos sepan cómo Bolívar miró en una ocasión como empresa imposible la integración latinoamericana, confirma la solidez de sus percepciones sobre la comarca que quería liberar. Vio distintos a sus hombres, entendió que sus necesidades los harían chocar, en cuanto criaturas de procedencias forjadas sin conexiones antecedentes; descubrió economías diversas que harían de la unión un trabajo titánico; y se preocupó por la existencia de un liderazgo, cuyo propósito era la búsqueda de salidas distintas, sin cabal consideración de un designio compartido. Ninguno de sus contemporáneos desarrolló una versión tan certera de las diferencias continentales. Pero ninguno, a la vez, como lo prueba su trayectoria, ensayó con más ahínco las fórmulas para juntar el rompecabezas.

Miremos un poco ciertas actitudes de hoy en relación con diversos sectores de la sociedad. Vivimos una sociedad distinta de la colonial, desde luego, no en balde han ocurrido movimientos que provocaron su cambio, como la Guerra Federal, la explotación del petróleo y el suceso octubrista de 1945. Pero, ¿ha perdido las mañas mantuanas, ¿es democrática de veras, o sólo en la superficie?, ¿no alimenta prejuicios raciales que la independencia apenas encubrió, o no se ocupó de liquidar?, ¿no hablamos de “tierrúos” y de “monos”, como los criollos hablaban de castas y de colores, de “multitud promiscual” y de gentes inferiores?, ¿no juramos por unos individuos especiales, suerte de permanentes “padres de familia” a quienes llamamos “notables”?, ¿no acudimos a la madre iglesia cuando debemos remendar entuertos profanos, como si estuviesen vigentes las Constituciones Sinodales de 1687? La comparación seguramente parecerá elemental, porque el tiempo no transcurre en vano y por el reconocimiento de la capacidad de los hombres para crear novedades en el seno de sus sociedades. Pero, si se considera que para los historiadores la mentalidad de un pueblo es una “prisión a largo plazo” y que ese plazo usualmente está signado por sus capítulos fundacionales, conviene reflexionar sobre el influjo de las permanencias. Y sobre cómo transformar la inmiscuencia del pasado en nuestras vidas sin renegar de ella, para sentirnos partícipes de una obra que no es tan extraña como lo han querido los fabricantes de santones.

Miremos también nuestros sentimientos y nuestras informaciones sobre América Latina. Sólo un observador cándido podría hoy asegurar que sentimos afecto por las comunidades que son como la nuestra. Nadie puede ocultar que nos asumimos como diferentes frente al resto de las sociedades que fueron colonias de España y que no parecemos dispuestos a olvidar las diferencias, a menos que nos haya tocado vivir en el seno de alguna de ellas. Nadie puede negar que, así como alimentamos esa diversidad, a menudo nos ufanamos de la subestimación que sentimos por ellas. Ciertamente es habitual que se asocie a Venezuela con los procesos de integración. En cualquier formalidad relativa al acercamiento de las repúblicas de América Latina, suena el nombre de la patria de Bolívar, pero el pueblo no comparte la empresa. No ha sido así, por lo menos hasta las pobladas de 1989. Antes de que ocurriera el sacudimiento, el mito de un país excepcional alimentó los sueños de los venezolanos. Los hijos del país que era miembro club de las naciones opulentas, miraban al vecindario como menor y como separado. Después de

las pobladas quizá sentimos que no era así, pero cuando se dispó el temor de nuevo nos invadió la sensación anterior y se restableció el mito.

Pero otro factor ha formado el mito y ha contribuido a fortalecerlo: el desconocimiento de la historia y de la vivencias del contorno. En los programas de estudio de las escuelas y de los liceos, no se incluye ninguna información sobre la historia de América Latina. La geografía del Continente también se ha expulsado del proceso educativo. Sólo en tres escuelas universitarias de historia y en dos de geografía, se analizan los asuntos del pasado común y las características del ambiente físico. Por consiguiente, una memoria unilateral que sólo atiende asuntos domésticos, cuando los atiende, nos niega una información cuya ausencia entorpece la posibilidad de un vínculo afectivo sin el cual la integración no tiene destino. ¿Quién fue Melgarejo? ¿Qué hizo Haya de la Torre? ¿Por qué reaparece el zapatismo? ¿Por qué pasó lo que pasó en Haití? ¿A cuáles factores obedeció la lucha de los godos y los liberales en Colombia? ¿Dónde queda la provincia de Misiones? ¿Dónde está el Cerro San Cristóbal? Ningún venezolano formado en el sistema ordinario de educación, está en capacidad de responder estas preguntas, ni otras parecidas. Simplemente no sabe y, como corolario, no le interesa. El ocultamiento —¿casual, o deliberado— congela la simpatía hacia los semejantes, mientras disfraza el apagamiento sentimental en un patriotismo que se reduce a leer sin leer la *Carta de Jamaica*. Si se atreve a revisarla sin muletas, descubrirá cómo le anunció esta lejanía estéril y cómo le dejaba al futuro, a nuestros días, el trabajo de convertirla en afinidad.

“¿Para qué sirve la historia?, preguntó Eduardo Arcila Farías en un memorable ensayo de 1957. En este momento, maestro, para releer una parte de Simón Bolívar con el propósito de hacerlo más familiar y más útil, como sabemos sus discípulos que usted anhelaba. Para releerlo desde aquí, pero con el deseo de que hagan algo parecido otros colegas con sus próceres en otras latitudes, a ver si al quitarle entre todos las telarañas al espejo nos contemplamos las caras sin embarazo. Para invitar a una revisión de la Independencia, con el objeto de hacerla más veraz y menos pomposa. Para pelear con la manipulación y con la estulticia, asunto en que fue usted campeón invicto. Para cumplir, en suma, dentro de mis limitaciones, los cánones del oficio. Que haya podido responderle desde esta tribuna debido a la generosidad y a la tolerancia de la Academia, noble casa que hoy me acoge, es el mejor pago que puede recibir un provinciano que desde la adolescencia acarició la aspiración de meterse a historiador.

BIBLIOGRAFIA

- ARCINIEGAS, Germán, *Bolívar y la revolución*, Bogotá, Editorial Planeta, 1984.
- BETANCOURT, Rómulo, *Hacia América Latina democrática e integrada*, Caracas, Editorial Senderos, 1967.
- BOLIVAR, Simón, “Contestación de un Americano Meridional a un caballero de esta isla”. En: Simón Bolívar, *Doctrina del Libertador*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976.
- “Señor Redactor o Editor de la Gaceta Real de Jamaica”. En: Simón Bolívar, *Doctrina del Libertador*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976.

- BRICEÑO IRAGORRY, Mario, "Discurso de Incorporación a la Academia Nacional de la Historia". En: Germán Carrera Damas, *Historia de la historiografía venezolana. Materiales para su estudio*, Caracas, Ediciones de la Biblioteca Central de la UCV, 1961.
- "La historia como elemento de creación". En: Germán Carrera Damas, *Historia de la historiografía venezolana. Materiales para su estudio*, Caracas, Ediciones de la Biblioteca Central de la UCV, 1961.
- *Casa León y su tiempo*, Caracas, Tipografía Garrido, 1942.
- BUSHNELL, David, *El nacimiento de los países latinoamericanos*, Madrid, Editorial Nerea, 1989.
- CABALLERO, Manuel, *Ni Dios, ni Federación*, Caracas, Editorial Planeta, 1996.
- CARRERA DAMAS, Germán, *Historia de la historiografía venezolana. Materiales para su estudio*, Caracas, Ediciones de la Biblioteca Central de la UCV, 1961.
- *El culto a Bolívar*, Caracas, Ediciones de la Biblioteca Central de la UCV, 1969.
- CASTRO LEIVA, Luis, *De la patria boba a la teología bolivariana*, Caracas, Monte Avila Editores, 1991.
- COLL Y PRAT, Narciso, *Memoriales sobre la independencia de Venezuela*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1960.
- COVA, José Antonio, "Bolívar y el Congreso de Panamá", Caracas, s/e, 1955.
- ESCALANTE, Diógenes, "Bolívar, precursor del panamericanismo". En: *Revista de la Sociedad Bolivariana*, N° 14, Caracas, noviembre de 1943.
- FILIPPI, Alberto, *Laberintos del etnocentrismo jurídico-político. Limpieza de sangre, esclavitud y mestizaje*, México, Edición Mimeográfica, 1996.
- GAOS, José, *Historia de nuestra idea del mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973.
- GERBI, Antonello, *La disputa del Nuevo Mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961.
- GINES DE SEPULVEDA, Juan, *Tratado de las justas causas de la guerra contra los indios*, México, Fondo de Cultura Económica, 1941.
- GROETHUYSEN, Bernhard, *J. J. Rousseau*, México, Fondo de Cultura Económica, Colección Popular, 1985.
- GROOT, José Manuel, *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada*, Bogotá, Editorial Cromos, 1956.
- GUERRA, Francisco Xavier, *Modernidad e independencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- GUTIERREZ DE ARCE, Manuel, *Apéndices al Sínodo Diocesano de Santiago de León de Caracas*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, 1980, 2 vols.

- HEREDIA, J. F. *Memorias*, Madrid, Editorial América, 1947.
- LECUNA CASANOVA, Vicente, "Telegrama", *El Universal*, Caracas, 20 de agosto de 1996.
- LIEVANO AGUIRRE, Indalecio, *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*, Bogotá, Editorial Tercer Mundo, 1966.
- LYNCH, John, *Las revoluciones hispanoamericanas*, Madrid, Alianza Editorial, 1976.
- MARMOL, Francisco Manuel, "La Carta de Jamaica". En: *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Tomo XLVIII, Caracas, julio-septiembre de 1965.
- MENDIETA, Jerónimo de, *Historia Eclesiástica Indiana*, México, Ediciones Porrúa, 1971.
- MIER, Fray Servando Teresa de, *Ideario político*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1990.
- MIJARES, Augusto, "La evolución política de Venezuela". En: *Venezuela Independiente*, Caracas, Fundación Mendoza, 1962.
- NAVARRO, Nicolás Eugenio, *El destinatario de la Carta de Jamaica (en torno a un luminoso hallazgo documental)*, Caracas, Imprenta Nacional, 1956.
- OCAMPO LOPEZ, Javier, "El proceso político, militar y social de la independencia". En: Jaime Jaramillo Uribe (Coordinador), *Manual de Historia de Colombia*, Bogotá, Procultura Editores, 1994, vol. 2.
- O'GORMAN, Edmundo, Prólogo al *Ideario Político* de Fray Servando Teresa de Mier, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1990.
- PARRA PEREZ, Caracciolo, *Mariño y la independencia de Venezuela*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1955.
- *Historia de la Primera República*, Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1959, 2 vols.
- PEREZ VILA, Manuel, *La formación intelectual del Libertador*, Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación, 1971.
- PICON SALAS, Mariano, "Rousseau en Venezuela". En: *Philosophical and phenomenological Research*, Vol. IV, N° 2, 1943.
- PINO ITURRIETA, Elías, "Simón José Antonio". *El Nacional*, Caracas, 4 de octubre de 1992.
- *La mentalidad venezolana de la emancipación (1810-1812)*, Caracas, Eldorado Ediciones, 1991.
- *Contra lujuria, castidad. Historias de pecado en el siglo XVIII venezolano*, Caracas, Alfadil Ediciones, 1992.
- *Las ideas de los primeros venezolanos*, Caracas, Monte Avila Editores Latinoamericana, 1993.
- (Coordinador), *Quimeras de amor, honor y pecado en el siglo XVIII venezolano*, Caracas, Editorial Planeta, 1995.
- PISANI RICCI, Hilario, "La estructura de la Carta de Jamaica". En: *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Tomo XLVIII, Caracas, julio-septiembre de 1965.

- POLANCO ALCANTARA, Tomás, *Simón Bolívar, Ensayo de una interpretación biográfica a través de sus documentos*, Caracas, Editorial EG, 1944.
- PONTE, Andrés, *La revolución de Caracas y sus próceres*, Caracas, s/e, 1928.
- RESTREPO, José Manuel, *Historia de la revolución de la República de Colombia*, Medellín, Editorial Bedout, 1969, vol. IV.
- ROJAS, Rafael Armando, "El pensamiento americanista de Bolívar". En: *Visión diversa de Bolívar*, Caracas, Ediciones de Petroquímica de Venezuela, 1984.
- SALCEDO BASTARDO, José Luis, *Historia Fundamental de Venezuela*, Caracas, Ediciones de la Biblioteca Central de la UCV, 1970.
- *Visión y revisión de Bolívar*, Quito, Ediciones de la Casa de la Cultura, 1961.
- *Bolívar: un continente y un destino*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1972.
- SORIANO DE GARCIA PELAYO, Graciela, *Venezuela, 1810-1830: aspectos desatendidos de dos décadas*, Caracas, Cuadernos Lagovén, Serie Cuatro Repúblicas, 1988.
- UGARTE PELAYO, Alirio, "Presencia de Bolívar en los problemas actuales de América Latina". En: *Cuadernos Americanos*, N° 5, México, septiembre-octubre de 1960.
- URQUINAONA Y PARDO, Pedro, *Memorias*, Madrid, Editorial América, 1947.
- WECKMAN, Luis, *La herencia medieval de México*, México, El Colegio de México, 1984, 2 vols.